

Editorial

**Consideraciones sobre la distinción
entre “filosofía analítica” y “filosofía
continental”**

Dr. Luis Placencia
Universidad de Chile^Φ
luisplacencia@gmail.com



„Jede echte Philosophie ist in ihren eigentlichen Triebkräften ein Ringen um die Methode, so zwar, daß jede nächstgelegene Methode (und Erkenntnisweisen und Erkenntnisideale) immer neu überwunden werden muß“

“Toda filosofía verdadera es en sus fuerzas motrices propias una lucha por el método, de modo que todo método próximo (y toda forma de conocimiento y todo ideal de conocimiento) debe siempre ser superado de nuevo”

(M. Heidegger, GA 58, 135)

Ante la invitación a escribir un texto^{1*} sobre la distinción y relación entre “filosofía analítica” y “filosofía continental” se pueden tomar muchos caminos. Probablemente todos ellos hayan sido recorridos ya. La mayor parte de estos caminos tienen la forma de la “comparación”, sea para destacar las diferencias o coincidencias doctrinales, de estilo, históricas o metódicas que habría entre estas dos “filosofías” (v.gr. Prado, 2003). Otra variante de lo anterior parece ser el trabajo que propone la “cooperación” entre ambas “formas” sin que eso suponga “tender puentes” entre ambas, sino que más bien intentado “hacerlas confluir” (Bell, Cutrofello & Livingstone, 2016). Junto con ello están aquellos caminos que intentan explicar el modo en que surgió la distinción o la diferencia entre estos dos modos de filosofar (Glock, 1999; Critchley, 2001; Cutrofello, 2005). Todo ello parece suponer, sin embargo, que hay que aceptar la distinción en algún nivel como una que tiene o tuvo sentido. Pero

1.- * Agradezco las observaciones de Paloma Baño.

^Φ Doctor en Filosofía (Martin-Luther-Universität Halle-Wittenberg), Licenciado en Filosofía (Pontificia Universidad Católica de Chile). Académico del Departamento de Filosofía, Universidad de Chile.

esto no es para nada obvio y de hecho hay quienes, con buenas razones, parecen justamente rechazar esta idea.² ¿Cuáles son esas razones? Demos una repasada breve a un par.

Ante todo, es de destacar que es mejor renunciar aquí a toda pretensión de exhaustividad. Los fundamentos para cuestionar la distinción en comento son varios y la mayoría de ellos han sido reiterados *ad nauseam* en la literatura, sea por quienes tienen la distinción por completamente absurda como por quienes la rechazan sólo parcialmente. Por lo mismo, no parece tener mucho sentido abundar demasiado ni pretender minuciosidad en la elaboración de la lista de estas razones. En un contexto como este, por el contrario, sí parece razonable buscar algo entre los argumentos esgrimidos que aún no haya sido puesto de relieve de manera adecuada o que al menos, de haber sido dicho, no lo haya sido de manera suficientemente clara o con el énfasis que requiere. En la maraña de la discusión filosófica, y más aún en aquella de esa curiosa forma de la filosofía que parece a veces consistir en intentar evitar la filosofía misma, sc. la *metafilosofía*, es fácil que se termine confundiendo el trigo con la cizaña.

Por de pronto, parece ser claro que la distinción, al menos desde el punto de vista terminológico, no es afortunada. Esta idea ha sido ya expresada prácticamente por todos los autores que han dicho cosas relevantes sobre ella. De ellos, ha sido Bernard Williams quien ha adquirido mayor notoriedad por la brillantez del modo en que presenta la crítica, mostrando de manera breve y elegante la absurdidad que, a primera vista, pareciera entrañar la distinción. En efecto, Williams indica que lo que en ella se hace “es como clasificar a los autos en japoneses y con tracción a las cuatro ruedas” (Williams, 2006: 201). En un plano “superficial” el punto de Williams es fácil de asimilar y por ello no es de extrañar que haya sido hecho por varios autores y de diversas formas. En efecto, parece ser claro que la terminología de la distinción sugiere una clasificación cruzada que toma ámbitos distintos: cuestiones metódicas, por un lado y cuestiones geográfico-lingüísticas por otro. La filosofía “analítica” respondería, en la interpretación más tradicional de la distinción, a un tipo de filosofía caracterizada por un “método”, sc. el del “análisis filosófico”, mientras que frente a ella se hallaría la “filosofía continental”, que sería la filosofía hecha en el mundo no angloamericano, i.e. en el continente europeo.³ *Más allá del carácter digamos “eurocéntrico” e “imperial” de esta distinción, que parece reducir el espacio de la práctica filosófica a un continente y partes del commonwealth* (más EEUU), parece ser claro que vistas las cosas como ya se

2.- Este es de hecho el caso del filósofo (¿analítico?) Peter Bieri (Bieri, 2007: 343). El ejemplo de Bieri es particularmente interesante, toda vez que él es autor de interesantes contribuciones en el ámbito de la filosofía de la mente y discípulo de uno de los más connotados filósofos “analíticos” fuera del mundo anglosajón, sc. Ernst Tugendhat.

3.- Obviamente, todo esto es discutible, por razones que quedarán más claras abajo.

ha indicado la “distinción” no parece “distinguir” nada. La razón para sostener lo anterior es bastante simple. En efecto, parece ser que lo que se espera de una distinción es la introducción de criterios que permitan diferenciar entre dos cosas o conjuntos de cosas diferentes. Así, los autos pueden clasificarse entre aquellos con tracción a las cuatro ruedas y aquellos con tracción a dos ruedas, porque si un auto tiene tracción a las cuatro ruedas, simplemente no tiene tracción a (solamente) dos ruedas y viceversa. Pues bien, la “distinción”, al menos en la interpretación más “natural” que surge de los términos con los que ella está formulada, permite perfectamente que existan ítems que satisfagan las condiciones impuestas por ambos “conceptos”, tal como, por cierto, la literatura ha indicado varias veces. Siguiendo la comparación de Williams, así como la diferenciación entre automóviles japoneses y automóviles con tracción a las cuatro ruedas no excluye que haya autos que satisfagan las dos condiciones (como de hecho los hay) o incluso que por casualidad ocurra que ambos conjuntos sean coextensivos (imaginemos por un momento que Subaru fuera el único fabricante japonés de autos), otro tanto ocurre con la distinción entre “filosofía analítica” y “continental”. No hay que ser muy sagaz para notar que es perfectamente posible, por ejemplo, que todos los filósofos del “continente” fueran analíticos y que no existieran en el mundo más filósofos que cultivaran ese método. Tampoco parece requerirse mucho ingenio para atisbar que, entendida así, la distinción parece dejar espacio a “filósofos continentales-analíticos”. Quizás esta sea una posibilidad, aunque ella no parece estar en la mente de quienes emplean esta “distinción” habitualmente. Como problema ulterior, aunque en alguna medida conectado con lo ya dicho, se suma el que existe un punto de hecho que parece hacer, además, más complicadas las cosas para la “distinción”, sc. que como ya han hecho notar autores como Dummett o el mismo Williams, la “filosofía analítica” halla sus orígenes, al menos en parte, en autores de la tradición germanoparlante (Frege, Wittgenstein, Carnap, etc.), especialmente en Austria y Alemania.⁴ Incluso se podría agregar que especialmente en el mundo germanoparlante y escandinavo ha habido grandes “filósofos analíticos” después de la segunda mitad del S. XX (piénsese, por ejemplo, en E. Tugendhat, W. Stegmüller, G. H. von Wright o J. Hintikka) y que la “filosofía analítica” se ha extendido con fuerza en países que no pertenecen a “el (¿?) continente”, como los países latinoamericanos, o bien en otros del continente como España, Italia o incluso Francia, país conocido en el ámbito de los prejuicios filosóficos por ser un bastión del posmodernismo.⁵ Frente a esto se podría pensar, como de hecho hizo el mismo Dummett, que el problema antedicho se resuelve renombrando

4.- Cfr. Dummett (1994: 1-2).

5.- Critchley ha sugerido, de hecho, que la etiqueta “continental” surgió en un debate en el ámbito de la filosofía *insular* (como “continental” clasifica Mill en el S. XIX la filosofía de Coleridge por oposición a la de Bentham). Cfr. Critchley (2005: 42 y ss.). De ser así, habría filósofos “continentales-insulares”.

la distinción. Pero la aguda observación de Williams nos lleva a un punto que parece ser importante: renombrar la distinción no sirve de nada hasta que se aclara la cuestión de fondo, sc. ¿qué es lo que se divide entre “analítico” y “continental”? En efecto, si ya no es más entre métodos, por un lado, y situación geográfica, por otro, entre lo que se distingue, ¿qué es entonces lo distinguido por la distinción?

Toda distinción parece requerir, digamos, de un cierto ámbito en el cual la distinción opera. *Rojo* es distinto de *azul* en tanto *rojo* es un *color* distinto de *azul*. Si algo es *rojo* no puede ser al mismo tiempo y el mismo sentido *azul*. ¿En qué respecto son diferentes la “filosofía analítica” y la “filosofía continental”? La respuesta pareciera ser obvia a a la luz del sustantivo que estos adjetivos parecen determinar en la terminología en que se expresa esta distinción. “Analítica” y “continental” sería la filosofía. La “filosofía analítica” sería *distinta* de la continental. Con esto parece claro que la distinción remite, de tener sentido, a una cierta concepción o concepciones de la filosofía que serían en algún sentido opuestas. Ahora bien, sabemos que las diversas formas de filosofía pueden ser distinguidas en virtud de distintos criterios. ¿Cuál es aquí el relevante?

Si la noción de “análisis” se vincula, como todo parece sugerir, con la idea de “filosofía analítica”, la tesis de la distinción entonces indica que la “filosofía analítica” sería aquella que surgiría de la aplicación de un método llamado “analítico”. Por otra parte, tendríamos que tener del otro lado un “método continental”. No obstante, aunque hay desayunos continentales, no parece haber métodos que lleven ese apellido. Así las cosas, es patente que esta forma de considerar el punto tiene problemas obvios. El primero, el más obvio, es el ya mencionado: no parece haber algo así como “un método continental”. En efecto, dentro de *la* “filosofía” que ha sido vagamente llamada con ese nombre parecen poder distinguirse concepciones metódicas tan diversas y en algunos sentidos opuestas como la fenomenología, la hermenéutica, la deconstrucción, la teoría crítica, etc. La sola contemplación de esa variedad lleva a preguntarse por las razones que podría tener un “filósofo analítico” que ha leído *On denoting* y las reflexiones russellianas sobre el artículo determinado para emplearlo en este caso al hablar de *la* filosofía continental. Todo ello sin tomar en cuenta que parece ser ya casi supersticioso hablar, por ejemplo, de *el* método fenomenológico habida cuenta la enorme cantidad de variantes que han surgido en el marco de esta tradición. El escenario de dispersión, entonces, que parece haber en aquello mentado como *la* “filosofía continental” parece replicarse en cada una de sus ramas. Malamente podría entonces identificarse, al menos desde el punto de vista *metódico*, algo como *la* filosofía continental. Puestas así las cosas, cabría preguntarse si ante la ausencia de unidad metódica podría existir algún tipo de unidad

temática que justifique esta forma de hablar. Pero no parece haber tampoco tal unidad. Otro tanto ocurre con la tradición analítica. En efecto, prácticamente desde sus orígenes, según reconocen la mayor parte de los autores, encontramos una línea de la filosofía analítica concentrada mayormente en el análisis conceptual de naturaleza lógico-formal (v.gr. Frege, Russell) y una línea más orientada al estudio del lenguaje ordinario (Moore, Wittgenstein II, etc.) (cfr. Føllesdal, 1997: 1). Por lo demás, incluso si tomamos la idea expresada ingenuamente más arriba de que la filosofía analítica respondería al “método” de “análisis filosófico”, i.e. de análisis lógico-conceptual, tenemos aún el problema de que no parece ser claro en qué consiste exactamente tal análisis. También en todos estos casos no parece haber una unidad temática fácilmente identificable.

Con todo, siempre queda la opción de sostener que la “filosofía analítica” se opone de distintas formas a las variantes de la “filosofía continental” (algo así ha sostenido, por ejemplo, Føllesdal). Esta manera de entender el asunto debería, de todos modos, explicar por qué a cada uno de los miembros de cada “par ordenado”, digamos, se lo clasifica bajo el rótulo “filosofía analítica” o “filosofía continental”. Nuevamente no parece ser fácil hallar orden en la multiplicidad y escapar al mero uso equívoco-accidental de estas etiquetas. En estos casos, se suele recurrir a ideas vagas que poco explican como aquella que dice que la filosofía analítica es “estilo” que difiere de otros “estilos”. Mientras un “estilo” valoraría la argumentación, la “claridad”, el idioma inglés, otro valoraría otras cosas como el compromiso político, la preocupación por el sentido de la vida, la sabiduría o una relación más íntima con la historia de la filosofía. Pero no parece difícil comprender que estos criterios son puramente extra filosóficos o bien sumamente ambiguos. Es posible separar a los filósofos en virtud de notas como “escribir en inglés”, “trabajar en universidades angloparlantes”, “escribir muy claramente” o “estar afiliado a instituciones con grandes fuentes de financiación”, hallando quizás así algún criterio que nos permita mantener *pro forma* la distinción, pero como una que no tiene relevancia filosófica, sino que más bien presenta unas ciertas tendencias culturales (contingentemente podrían agregarse más adelante características como usar bigote o leer periódicos electrónicos, por ejemplo). En cualquier caso, la distinción entre “filosofía analítica” y “filosofía continental” es, pensada de este modo, de interés para otras disciplinas, pero muy improbablemente lo sea para la filosofía.⁶

El panorama antedicho, me parece, deja claro que la distinción entre “filosofía analítica” y “continental” poco o nada dice *hoy* al menos desde el punto de vista filosófico, i.e. desde un punto de vista que comprenda a la distinción

6.- Con todo, la distinción suele ser reconstruida de este modo tanto en su origen, i.e. en su historia, como en su presente, lo cual no es sino un documento de la tendencia inveterada de la *metafilosofía* a evitar la filosofía.

como dos formas o métodos de trabajo científico o como dos ámbitos temáticos de *una misma* disciplina. Quizás ella alguna vez fue relevante y sí tuvo cierta significación filosófica. Esto parece sugerirse al menos por el hecho de que ella parece haber sido en algún momento equivalente a la diferencia entre diversas formas del análisis filosófico y la fenomenología (Critchley, 2001: 38-39). No sé del todo si esto es así y creo que es una tarea a elucidar para los historiadores de la filosofía contemporánea si este realmente fue el caso. Con todo, parece ser que la distinción *hoy al menos* carece de significación filosófica relevante. Y de ello parece poder extraerse ganancia filosófica. Intentaré explicar por qué.

Muchos de los autores que explican el origen de la distinción entre “filosofía continental” y “filosofía analítica” coinciden en que ella parece ser resultado de la profesionalización de la filosofía misma (v.gr. Bieri, 2007; Critchley, 2001). Tal profesionalización es sin duda una necesidad de una disciplina que pretende poseer la forma de un saber transmisible, reproducible y eventualmente ampliable, i.e. que pretende ser en algún sentido *ciencia*. Esta pretensión de cientificidad parece ser coincidente tanto con el lugar institucional que ha hallado la filosofía como con el modo en que ella se presenta a sí misma en la mayor parte de los casos. Huelga decir, en relación con esto, que la pretensión de cientificidad, contra lo que creen algunos, está lejos de ser mera aspiración de “filósofos analíticos” o “positivistas”, sino que proviene ya de la filosofía griega y ha sido parte del sello distintivo de autores como Descartes, Kant, Fichte, Hegel, Husserl o Heidegger. La pregunta que late detrás de esto, sin embargo, es si la filosofía posee una forma de cientificidad que sea propia. En el decir de Heidegger, como se ve en el epígrafe, es una característica de la filosofía el que no posee un método dado de antemano, tal que pueda transformarla en una técnica. Ella es siempre *lucha por el método*. Es intento por hacerse cargo no sólo de los objetos que debe comprender, sino que intento además de dar cuenta de los métodos mismos que emplea. Ello traería como consecuencia, piensa Heidegger, que no es posible el progreso lineal en la filosofía una vez adquirido un método determinado. Lo anterior se opone con claridad a una idea cara a la tradición filosófica de la que el mismo Heidegger proviene. En efecto, es equivalente a decir que no hay una revolución del “modo de pensar” que dé paso al “seguro camino de la ciencia”, en el decir de Kant (*KrV* B XI y ss.). Es sabido que más allá del origen preciso que tenga, la distinción entre “filosofía analítica” y “continental”, ella es de origen analítico, o si se quiere, que ella surgió en el marco del contexto institucional anglo-americano, en el que se supone se cultivaba un método de trabajo opuesto a de la filosofía “del continente” (más allá de cuál haya sido esa), método que prometía, quizás, constituirse en el hito que permitiría a la filosofía desarrollarse más allá de una mera “lucha de escuelas”. La contraposición método-dispersión parece justamente sugerir la idea kantiana de

“Consideraciones sobre la distinción entre “filosofía analítica” y “filosofía continental””

la revolución metódica que da origen al “avanzar seguro por el camino de la ciencia”. La cancelación de la oposición entre método “analítico” (en cualquiera de sus variantes) y “algo” que se le opondría parece ser un documento que muestra la imposibilidad de ese ideal kantiano en la filosofía. No hay revolución científica en la filosofía que establezca un método que garantice progreso indefinido (es importante notar que, como hemos aprendido a partir de Kuhn, parece que en las ciencias empíricas las cosas no son tan distintas). Sólo hay *lucha por el método*. Documentar la forma y las condiciones de esa lucha sería una de las tareas de una buena *metafilosofía*. Una *metafilosofía* propiamente filosófica, despreocupada de querellas departamentales, tendencias culturales contingentes y modas varias.

Referencias bibliográficas

Bell, J.; Cutrofello, A. & Livingstone, P. M. (2016): *Beyond the analytic-continental divide*, New York: Routledge, 2016.

Bieri, P. (2007): "Was bleibt von der analytischen Philosophie", *Deutsche Zeitschrift für Philosophie* 55: 333-344.

Critchley, S. (2001): *Continental philosophy. A very short introduction*, Oxford: OUP, 2001.

Cutrofello, A. (2005): *Continental philosophy: A contemporary introduction*, New York: Routledge, 2005.

Dummett, M. (1994): *The origins of analytic philosophy*, Boston: Harvard University Press, 1994.

Føllesdal, D. (1999): "Analytic philosophy. What is and why should one engage in it?". En Glock, H. J. (ed.) (1999), pp. 1-16.

Glock, H. J. (ed.) (1999): *The rise of analytic philosophy*, Oxford: Blackwell, 1999.

Heidegger, M. (GA): *Gesamtausgabe*, Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann, 1975 y ss.

Kant, I (KrV). *Kritik der reinen Vernunft*, Hamburg: Felix Meiner, 1956.

Prado, C. G. (ed.) (2003): *A house divided: Comparing analytic and continental philosophy*, New York: Humanity books, 2003.

Williams, B. (2006): *Philosophy as humanistic discipline*, New Jersey: Princeton University Press, 2006.